

ÁNGELA TABUENCA-MEROÑO

Astoria



UNA SORPRENDENTE
PRIMERA NOVELA BEAT
QUE CAUTIVA DE PRINCIPIO A FIN



Ángela Tabuenca-Meroño

Astoria



Sábado, 27 de junio de 2015

ES LA PRIMERA VEZ que me toca caminar sola. La noche en Portland es una trampa de avenidas sucias, con coches y cruces de tranvías, ruido, algunos pasajeros que transitan, hípsters que esperan en la puerta de una sala de conciertos y otras personas que arrastran carros en callejones. Tengo que atravesar la calle principal. Agito nerviosa la pierna derecha, esperando a que el semáforo cambie, y trato de dibujar mentalmente la ruta en dirección a Union Station, la estación central de autobuses. De viaje con mis amigas, habría seguido a la que llevase el mapa, bromeando con las demás y sin perder de vista ninguna esquina. Luca, en cambio, me habría arrastrado de la mano y habría fingido no estar asustado, como siempre. Ahora me giro hacia todos lados, aparentando indiferencia a pesar de mi enorme mochila. Compruebo solo un par de veces hacia dónde seguir y me pregunto si en los próximos dos meses tendré miedo todo el tiempo.

En el tranvía, desde el aeropuerto al centro de Portland, hacía un frío pegajoso: el aire acondicionado estaba muy fuerte, aunque fuera no pareciera verano. No he podido ver nada a través del cristal, solo luces que cruzaban carreteras cerca de las vías. Todo negro y luces rojas y amarillas. Tenía las manos completamente sudadas a fuerza de agarrar mi bolso y me daba la vuelta a menudo para ver si mi mochila seguía donde la había colocado. Incluso con toda la música guardada en mi móvil —gigas de voces y melodías folk—, que me hacía compañía y me mantenía calmada desde que había salido de Palermo, la ansiedad se me ha quedado enquistada en la garganta. La primera vez surgió como un dolor leve y constante, hace un par de meses, cuando mi vida estaba a punto de saltar por los aires. Desde entonces, regresa a menudo. A veces, nada más despertarme, ya siento esta sequedad enorme, que arrastro a lo largo del día. No importa el agua que beba. Querría contárselo a alguien, pero no hay nadie que me espere. Tampoco he conseguido avisar a mi familia de que he llegado a Portland. Nadie sabe dónde estoy. Son casi las diez de la noche. Nueve horas: poco antes de las siete de la mañana en España e Italia. Todavía estarán durmiendo. En cambio, mi sueño está tan trastornado que no puedo mantenerme en pie, aunque mis tripas me anuncian hambre, nervios o ambas cosas.

La estación central de Portland es pequeña como una vieja estación de pueblo, toda de mármol o granito, ordenada, vacía, con la luz tenue y segura. Está incluso más desierta que las calles por las que he pasado, aunque bajo las luces grises hay gente esperando a que salga algún autobús o pase algo. Una mujer golpea un cubo de pintura volteado y canta. Sus uñas me desgarran. Otro hombre se agita de rodillas. El vaso que tiene delante de él está totalmente arrugado, y no es posible echar nada. Paso de largo

rápidamente. Las sienes me palpitan mientras busco entre todos los destinos. Ahí está. Me acerco a la taquilla del Northwest Point. Solo quiero ver ese lugar, quiero anclar otra pieza de mi pasado, sin removerlo demasiado, antes de seguir mi viaje en solitario por la Costa Oeste.

—Un billete para Astoria, para mañana.

Domingo, 28 de junio de 2015

ACANTILADOS SALVAJES, ISLOTES PEGADOS a la tierra, casas de colores dispersas. Nadie bañándose. Rocas oscuras y arena gris se alternan siguiendo la línea del Pacífico. El mar agitado tiene un color verdoso.

Siempre el mar.

Imagino la vida en los pueblos marítimos de Oregón, tan silenciosa como este autobús. Gente acostumbrada a vivir entre el bosque y el océano, lejos de las metrópolis, sin miedo a la soledad. Yo he dejado una parte de mí en medio del Mediterráneo. Se ha quedado mi tía Angela, la prima de mi padre, con su marido: mis segundos padres. Y mis primos y tantos amigos. También aquellos a los que no pudimos salvar. Permanecerán las montañas verdes que se apoyan sobre el agua; esas carreteras mal hechas que llevan a las faldas de un volcán o a las playas más hermosas donde me he desnudado. A ese azul siciliano. Que todo ello esté en mi

único apellido, en la mitad de mis genes, es algo que nadie podrá cambiar, aunque haya abandonado la isla, igual que hizo mi padre antes de que yo naciera.

Mi padre me ha hablado muy poco de la *nonna* Carla, su madre. Puedo entender el sufrimiento causado por su muerte cuando él era pequeño. Pero sus silencios, a lo largo de mis treinta años, han negado la posibilidad de que, una vez tomada la decisión, le haya contado la verdad: que voy a alojarme unos días en Astoria, donde vivió una parte de su familia materna, incluida ella. Querría habérselo dicho, pero habría suscitado en él una sombra, la misma que ha aparecido cada vez que mis hermanos o yo le hemos preguntado por nuestra abuela. Lo único que sé es que mis bisabuelos, que vivían en Astoria cuando la *nonna* falleció en la isla de Sicilia, reclamaron los restos de su hija. No la habían vuelto a ver desde que ella había viajado a Palermo para casarse con mi abuelo. Él la hizo embalsamar y, en el puerto de Palermo, la embarcó rumbo a Estados Unidos; aquel puerto, el mismo lugar desde el que, a principios del siglo xx, mis bisabuelos y gran parte de su familia habían emigrado, escapando de la miseria siciliana. Así que el último contacto que mi padre y mi abuelo tuvieron con mis bisabuelos fue a través del cuerpo muerto de la *nonna*, allá por los años sesenta del siglo pasado. No sé nada más, y por eso mis padres tampoco saben que estoy a punto de llegar a Astoria.

«Me voy a la Costa Oeste», fue lo único que les dije la última vez que los vi, en mayo, cuando las cosas con Luca andaban ya muy jodidas. Yo había ido a hacerles una visita a Murcia. Durante el aperitivo, les conté que haría este viaje sola. Que quien aún era mi novio no cruzaría el Atlántico conmigo. Comenzaba a rondar por mi cabeza esa idea, incluso la saboreaba, pero todavía no había tenido el valor de comprar el billete que daría el portazo definitivo

a mi historia con Luca. Lo único que contestó mi madre fue: «Lo acepto, pero no lo comprendo», y dio otro bocado a su marinera, manteniendo con una sola mano la ensaladilla rusa en equilibrio sobre la rosquilla, mientras en la otra dejaba que un cigarro se consumiese. Mi padre me deseó buena suerte en Estados Unidos y me pidió que tuviese mucho cuidado. No quiso saber nada más. Ahora reconozco que ha sido lo mejor que han podido ofrecerme ambos para que cerrase los últimos cuatro años de mi vida en Sicilia y me ocupase libremente de mi futuro.

Sicilia, la patria de mi padre. Él renegó de ella tras abandonar la isla, recién licenciado, aunque nunca nos haya contado la razón. Yo no siento haber renegado también, pero necesitaba poner un punto y aparte en mi vida y un cambio. Me he despedido de mi trabajo, he recuperado la fianza del apartamento y he mandado algo de ropa, unos pocos libros y mi modesta colección de boyas y redes de pesca al piso de mi hermano Paolo, en Madrid. Hace dos días le pedí a mi tía Angela que me acompañase al aeropuerto de Palermo. Tomé un vuelo directo a Nueva York, sin pasar por España, y de allí volé a Portland.

Ya no niego la atracción que siento por Estados Unidos. Muchos la comparten, aunque años atrás habíamos jurado que jamás pisaríamos este suelo imperialista y que seguiríamos sin beber Coca-Cola. Mientras planificaba el viaje, encontré foros de Internet donde se hablaba de la costa de Oregón como el paraíso por descubrir antes de sumergirse en la agitación californiana. Astoria aparecía a menudo como la primera parada de esta ruta escénica sobre el océano. Ahora que estoy aquí, no me puedo imaginar una mejor manera de empezar unas vacaciones indefinidas, más allá de los dos meses que marca mi billete de regreso, dado que no tengo ningún trabajo al que reincorporarme. Solo la casa de mi hermano me espera en Madrid.

Hemos dejado la costa. Discurrimos por bosques húmedos, a miles de kilómetros de lo que más me importa. Suenan Iron&Wine, Sufjan Stevens, Sharon van Etten, Young the Giant. La versión de *Rocket Man* de My Morning Jacket. La música que, durante años, intenté que Luca escuchase, pero sin éxito. Aprecio el paisaje como años atrás, cuando atravesé la estepa lapona con él, hipnotizada ante el horizonte de azules y amarillos, cada uno con sus cascos y ajenos a la ruina futura de nuestra relación. Ahora el paisaje cambia más a menudo. Las curvas de la carretera están encerradas por pinos altos que ensombrecen mi viaje. Nadie sujeta mi cuerpo en cada giro.

Cuando Luca y yo nos conocimos en un bar de playa, al poco de mudarme a Palermo, bromeamos sobre nuestros nombres. A él le faltaba lo que a mí me sobraba. Eso solíamos decir. Lo cierto es que él carecía de la sencillez a la cual yo aspiraba. A mí me sobraban dudas que nunca me dejaba explicar. Jamás me quitaba la sensación de que Luca creía que, por ser yo una mujer, él tenía que protegerme por encima de todo. Ni yo era capaz de abandonar la idea de rescatarlo, como a uno de aquellos jóvenes que llegaban, tras una larga travesía por el Mediterráneo, al centro de refugiados donde trabajaba. El día que le dije que me iba de la isla, que salía de su vida, no se enfadó. Se metió en el coche y se fue con su orgullo a cuestras. Le faltaba el valor para enfrentarse a lo que le estaba diciendo.

Aquello fue amor durante los tres primeros años. El último, el definitivo, se me revolvieron las tripas y empecé a sentir que no iba a durar con Luca. Que era mentira aquello del amor. O, al menos, ese amor. Como solución intermedia, para que no se volviese loco de angustia y de celos y no me dejase de hablar definitivamente, le dije que a la vuelta de Estados Unidos veríamos qué pasaba con nosotros. Que me plantearía de nuevo la vida con él, en Madrid.

Por supuesto, era mentira.

El bosque se acaba. El autobús atraviesa ahora un estrecho puente que se extiende muy pocos metros por encima de un río, a la altura de su desembocadura en el océano. Al final del puente, una colina de forma irregular se funde con una construcción enorme, de color verde: sé que es el puente Astoria-Megler, que cruza hacia el estado de Washington, por encima del gran río Columbia. Dos caudales que se pierden en el océano. Me recorre una emoción intensa que deja atrás cualquier sombra de duda. Estoy en Astoria.

La carretera 101 continúa paralela al Columbia, entre edificios de ladrillo, algunos moteles y calles que se pierden rodeadas de árboles. Me recojo los rizos en una coleta mientras compruebo rápidamente que no me he dejado nada en el asiento del autobús. Bajo en la única parada, en el centro de la ciudad. También lo hacen dos grupos de personas y, arrastrando sus maletas de ruedas, se encaminan hacia el mismo punto. Yo apoyo mi mochila al pie de la marquesina y respiro el aire salino. Han pasado casi dos días desde que salí de Palermo, y al fin estoy aquí.

Mi teléfono apenas tiene batería, porque he ido escuchando música todo el camino desde Portland. Me tranquiliza ver varios restaurantes abiertos cerca. Podré cargarlo si se apaga. Sin embargo, Margaret, la dueña de la habitación que he alquilado, me confirma, en un español perfecto, que me recogerá en quince minutos. Parece excitada.

Así que aquí creció la *nonna* con su familia. Este fue su hogar antes de ir a Sicilia a casarse con mi abuelo, uno de los pocos que no se había resignado a abandonar la isla, que siguió aferrado siempre a su tierra, o que acaso no tuvo los medios necesarios para marcharse. Mi abuela no conocería Sicilia más que por los recuerdos que su familia habría conseguido meter en las maletas, y a través de la memoria conservada del dialecto. Su viaje a la inversa que el

mío, que duraría semanas, la tuvo que enfrentar a una realidad totalmente diferente a la que había dejado. Al encuentro con la nostalgia. Igual que los que ahora son rescatados en el Mediterráneo y llevados a Lampedusa, Catania o Palermo sin más posesión que un teléfono móvil. Borro mentalmente los carteles luminosos de algunos locales, los grandes coches aparcados y la gran franquicia que asoma en la otra punta de la calle. Coloreo de sepia la visión, como si esta fuera la gran verdad. Como si pudiese entender la vida que tuvieron la *nonna* y su familia antes de que ella se marchase. Nada puede rellenar el vacío de un recuerdo.

Después de veintidós minutos de espera, empiezo a preocuparme y a trazar varios planes B. Pero, de repente, una mujer rubia baja de uno de esos grandes coches modelo SUV que contaminan el casco antiguo de Palermo con el ruido del claxon y el insoponible humo. Margaret me abraza brevemente, envolviéndome con su cuerpo carnoso, y me propone comer algo antes de ir a su casa. Entramos en una cafetería con grandes cristaleras que se asoman a la carretera, bancos de cuero rojo oscuro alrededor de mesas de madera y una larguísima barra que recorre todo el local. Huele a fritanga y a agridulce, y se me revuelven las tripas. El local está prácticamente lleno, aunque Margaret consigue una de las mesas en las que da el sol. Sonríe a una camarera, que nos acomoda y deja dos menús sobre la mesa.

Repasamos los platos en silencio. Leo el menú varias veces, pero mi única opción es salmón a la plancha, aderezado con una salsa blanquecina, y con guarnición de patatas y dos trozos de brócoli. Está siendo toda una odisea no comer carne desde que cerré la puerta de casa por última vez y devolví las llaves a mi casero, y no creo que esto vaya a cambiar en Astoria. A los pocos minutos, Margaret recibe con entusiasmo un filete de ternera, con doble

ración de patatas fritas y varias salsas, y pide café para acompañar la comida. Me entran náuseas y bebo un trago del gran vaso de agua con hielo que la camarera me ha servido sin pedírselo. Levanto la mirada y veo a Margaret observándome de reojo. Sus mejillas se oscurecen, y me sonrío.

—Dime, pues, ¿eres italiana o española? —improvisa con entusiasmo. El acento mexicano contrasta con la piel rosada y el pelo rubio natural. Espero entenderla de la misma manera cuando pasemos a hablar en inglés—. Vi una dirección italiana, pero hablas en español. Aunque Lucía Marino podría ser un nombre italiano, ¿no? Todos los españoles que vienen tienen dos apellidos. Capaz que tienen incluso tres.

—Mi padre es italiano, y mi madre es española —le explico amablemente, mientras engullo un trozo de pan con mantequilla salada, intentando no mirar el plato de Margaret—. Yo nací en España, pero decidieron ponerme solo un apellido, como a mis hermanos. Me ha generado muchos problemas a lo largo de mi vida. Casi siempre añadido Rosales, el apellido de mi madre. Seguramente lo que hicieron era ilegal. Y muy machista.

Se ríe con una carcajada y corta otro trozo de su filete.

—Oh, entiendo. ¿Y ahora dónde estás viviendo? —pregunta.

—En ningún sitio, aunque lo más seguro es que regrese a España, a Madrid. He vivido en Palermo los últimos cuatro años.

Hago una pausa y me sirvo otra taza de café aguado. Me muerdo por un expreso, pero lo pediré en cuanto acabemos de comer. Le aclaro a Margaret dónde está Palermo, ante su mirada perpleja. Escucha con interés la historia de cómo se conocieron mis padres en Madrid, cuando él llegó como ingeniero debido a la creciente oferta del sector de la construcción, y mi madre usaba todo el dinero de su familia para poder estudiar Arquitectura en la Politécnica.

Le cuento que fui la única de mis hermanos que no dejó Murcia hasta que fui a Palermo, a pesar de que mis padres no habrían tenido dificultad en pagarme la carrera también en Madrid, después de habérsela costado a ellos dos. Pero no le digo por qué yo no fui.

Margaret me habla de Brad, su hijo de veinte años, que va a la Universidad de Oregón y está pasando el verano aquí con ella. No recordaba que lo mencionase cuando describió la casa, como tampoco dijo nada de ningún marido, con quien quizás me toque también compartir el espacio. Me había imaginado que estaríamos solas ella y yo, en una casa grande de madera, sin tener que cruzarnos con nadie. No quiero ser indiscreta, y ella no añade nada más. Yo tampoco le cuento nada relevante de mi familia, como la adicción de mis parientes al Trankimazin, o que mi madre y yo dejamos de hablarnos durante un año, a pesar de que vivíamos en el mismo edificio de Murcia, aunque en diferentes pisos. Ni menciono que a mi hermano Enrico le entra diarrea siempre que le toca quirófano. Menos mal que opera solo dos o tres veces por semana. Ni que mi otro hermano, Paolo, el psicólogo, va a terapia desde que ejerce. O que en estos años que he trabajado en el centro de refugiados he combatido mi ansiedad a base de tilas y relajantes musculares, que vienen a ser lo mismo que tomarse un ansiolítico, y así me he desvinculado de esa parte desagradable que me unía a mi familia. No es que lo hiciera por despecho, pero ninguno de ellos se fue a vivir a Sicilia, y yo quise comenzar mi aventura isleña con la cabeza bien fría.

Margaret insiste en pagar los veintinueve dólares con propina de nuestra comida. Después nos alejamos en su coche del centro de Astoria, en dirección a su casa. Estoy impaciente por llegar, quitarme los zapatos y sacar el dinero repartido entre las plantillas y el sujetador y tumbarme. El *jet lag* me está matando y necesito conciliar

un sueño reposado, tras la noche que pasé en el Northwest Hostel de Portland. Pero el café de la comida no me va a dejar dormir.

Pasamos nuevamente por zonas boscosas, húmedas y oscuras, todavía cerca del océano. Mi estómago se cierra y me restriego nerviosa el cuello.

—Iredale es muy tranquilo —asegura Margaret, hablando de su barrio ahora con un inglés pausado y arrastrando mucho las vocales—. Mucha gente se mueve en bicicleta, y solo coge el coche para volver al centro de Astoria.

Intento imaginar dónde quedan las otras casas que miré en Internet, que parecían menos aisladas. Sin embargo, considerando la poca antelación con la cual hice la reserva, Margaret fue la que me hizo la mejor oferta, incluyendo la comida, y, además, me garantizó que no habría ningún problema para desplazarme por la costa y la montaña si me alojaba en su casa. Sospecho que no tendré mucho que hacer, o que no habrá gente con la que quedar, así que estos kilómetros lejos del centro son la excusa perfecta para reposar frente al océano y recuperar esa vieja manera de ser yo misma.

Margaret detiene el SUV en la puerta de una casa de tablones azules y blancos. Me acuerdo de las imágenes de la página web: es esta. Detrás de la casa, los pinos y los abetos delimitan el inicio de un bosque que está mucho más cerca de lo que me esperaba.

—Dejo el coche fuera, aunque tenemos garaje, al que se entra por ahí detrás. Ven, sígueme —me dice con dulzura.

Entro por la doble puerta antimosquitos y el interior no me sorprende. La misma tonalidad sobria y homogénea: un marrón que cubre sofás y muebles de madera, la barra de la cocina y los electrodomésticos. Hay algunos cuadros originales. La televisión ocupa parte de la pared, frente a la puerta principal, y a la izquierda está el pasillo que conduce al resto de la casa. El salón da al porche,

desde donde se entrevén el océano y todas esas casas fabulosas que pueblan la colina, pero no salimos. Margaret me enseña rápidamente el resto de la planta baja —un pequeño aseo y las escaleras que conducen al garaje— y subimos acompañadas por el crujido de los peldaños de madera. Mi habitación también tiene vistas. Las fotos no engañaban. El gran océano relaja mis intestinos.

Necesito compañía estable y no un hostel con gente entrando y saliendo, aunque estaba temiendo por un momento que Margaret nunca me iba a dejar a solas. Al cabo de diez minutos de explicaciones, le he sonreído, dejando claro que me iba a quedar aquí. Pienso visitar otras ciudades más excitantes de la Costa Oeste, hacer excursiones, recorrer museos, sin duda; pero, antes de ello, descomprensión, sin demasiadas ambiciones, en un lugar tranquilo como este. Lo ha entendido y se ha marchado a comprar comida, pero no he querido darle demasiadas instrucciones. Quiero probar su cocina, entender cómo se alimentan. Es mi primera vez en Estados Unidos, y me fascina comprobar si mis estereotipos están justificados.

No parece que Margaret tenga marido, y su hijo no está en casa, así que me puedo relajar. Le agradezco mentalmente el gesto de confianza mientras saco la ropa de la mochila y la meto en el armario. Huele a naftalina y un escozor sube por mis fosas nasales. Pero está limpio. El resto del cuarto está amueblado como la portada de una revista *vintage*: carteles de marcas de conservas de pescado enmarcados, tres maletas antiguas apiladas, de las que sobresalen unas mantas, junto a la pared, y unas flores violetas sobre la mesilla de madera nueva con efecto desgastado. La enorme cama está repleta de cojines a juego con los pétalos que decoran las lamparitas *shabby*. Me da vergüenza desordenarlo con mis cosas. Tam-

bién me da vergüenza reconocer que sé lo que es el estilo *shabby*. Hay una nota apoyada sobre el edredón, junto a unos caramelos de regaliz y sal, que dice «*Welcome*». Nunca seré tan perfecta. Meto un caramelo en la boca y echo la ropa sucia en un rincón.

En mi baño hay cuatro toallas, todas grandes, blancas y esponjosas, que me da pena usar. Me quedo gozando durante más de diez minutos bajo el agua hirviendo, pero los ojos me duelen y tengo que descansar. Me pongo el pijama sin vacilar y me meto en la cama, con la cortina echada. Son solo las tres y cuarto de la tarde, pero para mi cuerpo es ya la medianoche pasada. Antes de cerrar los ojos, mando algunas fotos de la costa a mi familia, sin dar detalles de dónde me encuentro. Llevo viviendo el suficiente tiempo fuera de España como para no tener que dar explicaciones. No quiero recibir preguntas incómodas de mis hermanos o un silencio seco de mi padre. Pero en privado le cuento a mi madre que estoy en casa de Margaret, en Astoria, Oregón. Sé que ella se sentirá mejor y que sabrá ser discreta. También quiero que, al menos, una persona de mi mundo sepa dónde me encuentro. Por si acaso. Y aunque hasta hace bien poco hubiese sido Luca mi familia, no tengo intención de escribirle, y, además, él tampoco se ha puesto en contacto conmigo.

Mi madre tarda un rato en mandar su respuesta. Veo que está escribiendo un mensaje, pero no lo envía. Me escuecen los ojos. Quizás esté ocupada, disimulando con mi padre mientras ven la televisión en la habitación. A los pocos minutos me llega un mensaje: «¿Sabes quién regresó a Astoria?». Mi madre tira de un hilo profundo, algo dentro de mí, que no llega a formarse. Pero no me da ninguna explicación más. Se habrá quedado dormida tras el último cigarrillo del día. Cierro yo también los ojos, vencida.